

# La página viva

## Lamb ensaya la vida

José de la Colina

*No bastan las metáforas para endulzar el amargo trago de la muerte. Me niego a ser llevado por la marea que conduce la vida humana a la inmortalidad y no me gusta la idea de un inevitable curso del destino. Estoy enamorado de esta verde tierra, del rostro de la ciudad, del rostro de los campos, de los solitarios paisajes rurales y el de las acogedoras calles de la ciudad. Aquí levantaría mi tabernáculo. Me gustaría quedar en mi edad actual y compartirla con mis amigos aun si no somos muy jóvenes, ni apuestos, ni ricos, pues no quiero caer en la tumba como un fruto que pasó de maduro. Me confunde y perturba cualquier alteración de mi pequeño mundo real. Fuertemente arraigados están mis dioses lares y no se les arrancaría sin que brotara sangre. Toda situación nueva me inquieta. El cielo, la brisa, las caminatas en soledad, las vacaciones veraniegas, el verdor de los campos, los exquisitos filetes de carne y de pescado, los amigos y las copas en reuniones cordiales a la suave luz de las velas, y las charlas desenfadadas y las pequeñas vanidades y las*

*bromas, y aun la ironía, ¿todo ello ha de irse con la vida? Y, vosotros, mis placeres de la medianoche cuando escribo o leo infolio, ¿habré de renunciar al vivo gozo que me dais? Si acaso me llega el conocimiento, ¿será por un difícil ejercicio de intuición y no por la costumbre de la lectura?*

Charles Lamb, *Essays of Elia*  
Traductor anónimo

\*\*\*

Nacido el 10 de febrero de 1775 en Londres, el muy londinense Charles Lamb tuvo a la vez una exterior vida difícil y, según nos parece a sus lectores, una íntima vida plácida. Gastó gran parte de su existencia en oscuros empleos oficinescos y hasta su muerte, el 27 de diciembre de 1834, convivió hogareñamente con su querida hermana (y colaboradora literaria) Mary Ann, que en un arrebato de demencia había ma-

tado a la madre inválida con un cuchillo de cocina y que por las autoridades psiquiátricas le fue encomendada para que, como amoroso guardián, cuidara de ella en la casa de ambos, lo cual cumplió con humilde y tierno heroísmo.

Autor de hoy olvidados poemas, de alguna hoy olvidada obra de teatro y de no tan olvidados artículos periodísticos y de crítica literaria, lo es principalmente de sus excelentes y no olvidables, pero también algo olvidados, *Ensayos de Elia* (Elia no era ella sino él seudonimizado), escritos para el *London Magazine*. Con Mary Ann, muchacha inteligente y dulce que no asesinó a nadie más y lo sobrevivió por muchos años, fue coautor del libro por el que más se le conoce: los sinópticos y muy gratamente legibles *Cuentos tomados del teatro de Shakespeare*, publicados en 1807. Su genio literario se desplegó más, y admirablemente, en su muy libre y deslumbrante obra de ensayista, que le mereció ser considerado como “el Montaigne inglés”.

Si la existencia de Lamb (¿y no te impresiona, lector, que ese apellido signifique cordero?) fue triste en la infancia, y oscuramente oficinesca y marcada y determinada por el crimen de Mary Ann en la juventud y la madurez, nada pareció disuadirlo de su cotidiana, su serena, su inextinguible vocación de alegría de vivir, ejercida a través de su gozo de las largas y distraídas caminatas por cercanías y lejanías de su amado Londres, de las semanales comensalidades de *pub* con los amigos y de una intensa vocación (es decir pasión) de escritor. De esto nos habla en la página aquí transcrita: de un invicto gozo de la vida cotidiana celebrada o ironizada... y siempre *ensayable*. **U**



Charles Lamb